

Plegaria

Y perdónanos nuestras culpas.

¡Piedad, Señor! Hoy vengo a tu presencia
 un hijo tuyo de tu amor cansado;
 Ha tiempo voy huyendo a mi conciencia,
 y en ella vivo como en mi el pecado.
 Torpes errores de la humana ciencia
 solo días sin luz me han enseñado,
 y vuelvo a ti los ojos, luz y vida,
 y el alma de vergüenza adolorida.

¡Oh! ¡Cuanto me debe en mi orgullo necio
 del polvo vil con que mi ser hiciste!
 Osé decir tu nombre con desprecio
 y en tu grandera ni siquiera me viste.
 De la duda y la fe en el choque recio
 perdí hasta la esperanza, y solo y triste,
 cansado de luchar conmigo mismo,
 envolverme dejé por el abismo.

29

Cubriendo mi rason la sombra densa
del vicio pertinax que hoy odio tanto,
tu nombre, al inferite alguna ofensa,
yo recordaba con callado espanto.

No pienses ya en ayer, tan solo piensa
que apenas en mi pecho cabe el llanto,
y postado a tus plantas hoy lo vierto,
de tu perdon y de tu amor incierto.

Buen es verdad que la memoria mia
con terribles recuerdos hoy me abruma;
y de he prosperido maldicion impia,
cubierto el labio de roja espuma.

Buen es verdad que al mundo yo seguia
como al raudal huracan la debil pluma,
mas de todo en el alma ahora siento,
volviendo contra mi, el remordimiento.

Fiero dolor, imagen del castigo
que a donde quiera sin cesar me acosa,
vivo a ella sujeto y va conmigo,
mi culpa recordandome afrentosa;
mudo fantasma, pertinax destigo
que pesa en mi lo mismo que una losa,
a solas noche y dia no me deja
y hasta en mis sueños su terror refleja.

27

Piedad, Señor! Apenas sé me atrevo
de rodillas á entrar en tu morada;
me conozco cobarde porque llevo
el alma débil, la razón turbada.
Mas ojos á tus ojos hoy elevó,
y tiemblo al encontrarme tu mirada,
porque siento, al mirarme en tu presencia,
lo que á solas sentía en mi conciencia.

Oh! deja que del alma el noble empeño
tu justa cólera, Señor, ablande;
yo he de ser á tus plantas tan pequeño
cuanto conmigo fué de misestres grande.
Eso davo fui de miserable dueño
que hoy no consiento que en mi vida mande;
mi sangre por tu sangre redimida,
no debe en yugo extraño ser vertida.

Ha tiempo que, perdida la costumbre
de elevar á tu trono el rezo santo,
sufro en el corazón la pesadumbre
del acerbo dolor trocado en llanto.
Debajo de la gótica sechumbre
hoy me conmueve el religioso canto,
y la gigante catedral de piedra
mi frente dobla y mi valor arredra.

Yo de niño admiraba tu grandera
en millares de mundos de topacio
que destacan su limpida bellera
en la bóveda azul de tu palacio.

Fu'eras grande, Señor, y en mi flaqueza
te comprendía en el inmenso espacio
y siempre en lo sublime y lo infinito
tu nombre eterno yo miraba escuto.

Decían tu poder la tempestuosa
nube preñada de granizo y viento,
el mar salvaje de carrera undosa,
la sombra que envolvía al firmamento.
El nuevo sol, la luna esplendorosa,
la mágica armonía, el rudo acento,
cuanto en torno de mí se sucedía,
todo el nombre de Dios me repetía.

Mas nunca como aquí, Señor, se muestra
tu grandera infinita, yo la toco;
aquí el poder admiro de tu diestra,
aquí acaba mi orgullo, aquí te invoco.
La fé que es vida y esperanza muestra
con toda el alma sin cesar evoco,
y con acento conmovido esclamo:
¡aquí está Dios! en él espero y amo.

Hay algo en los altares que parece
al hombre superior, algo gigante
que al misero mortal empequeñece,
que siente el corazón en el instante
que entra en el templo y su temor acrece,
Y pues solo al verme de un altar delante,
pensando estar en el umbral del cielo,
voy golpeando con la frente el suelo.

Y murmuran mis labios la tranquila
oracion que de niño yo aprendiera,
y siento que se abrasa mi pupila,
llanto vertiendo que jamás vertiera.
Dentro el pecho la fe ya no vacila
y el alma sube a la celeste esfera,
como de incienso en la aromada nube
envuelta la oracion al cielo sube.

Ya nunca mas, Señor, la mente loca
será morada del error mundano,
en mi desierto corazón de roca
el árbol de la fe siembra tu mano.
El misero mortal que hora te invoca
aprendió en el dolor a ser cristiano,
Y pues solo en tu doctrina aquí se alcanza
de un bienestar eterno la esperanza.

6.

Gratos placeres que la vida encierra,
gloria y amor, fortuna apetecida,
no interrumpais mis pasos en la tierra
si vuelvo a otra senda ya perdida.
¡Oh, cuanto el hombre por su daño yerra!
Piedad, Señor; pues vuelvo hoy a la vida,
de rodillas rerando a tu presencia,
rompe el yugo tenaz de mi conciencia.

Ház que no vuelva a envenenar mi calma
ese tormento inquebrantable y rudo
que siente el hombre en la mitad del alma,
sin que nada contra él sirva de escudo.
Mano de bronce que estendió su palma
sobre mi pecho que later no pudo
sentir, cayendo al suelo entumecido,
por el dolor de la conciencia herido.

Piedad, Señor; conozco que fue mucha
la falta que al castigo me condena;
no atiendas mi dolor, tan solo escucha
la voz del alma que el perdón serena.
Cansado de sufrir la impia lucha
cuyo recuerdo sin cesar me apena,
llanto en los ojos y en el alma luto
fueron tan solo de mi crimen fruto.

Hoy que vuelves, Señor, á recordarme
y en llanto ves mi corazón deshecho,
no apartes tu mirada sin dejarme
de luz y amores inundado el pecho.
¡Oh! dejame á mi mismo castigarme
con solo que recuerde el mal que he hecho,
y un punto fije mi atención entera
en que no valgo tu perdón siquiera.

Octubre de 1872.